

PRIMERO DE MAYO 2020

El capitalismo mundial, que ha sobrevivido a sí mismo, explota y abandona al contagio a la clase obrera. El capitalismo puede y debe ser derribado en todas partes

Camaradas, trabajadores,

El capitalismo es el principal responsable de las pérdidas de vidas provocadas por esta epidemia. En todos los continentes, el abarrotamiento caótico de las zonas rurales, en busca de un salario para vivir, en las espantosas e insanas aglomeraciones urbanas del capital y el movimiento convulsivo de los hombres hace imposible cualquier profilaxis.

Durante años, la ciencia médica ha previsto la propagación mundial de un nuevo virus y sus efectos nefastos. Sin embargo, una epidemia que no se puede evitar ni contener dentro de la presente sociedad. El capital, siempre en la búsqueda de ganancias inmediatas, no tiene interés en predecir y prevenir. No ha acopiado reservas de instalaciones médicas, no ha capacitado a un número adecuado de personal médico. De hecho, lo ha reducido drásticamente en todas partes, forzándolo a un intolerable sobre-trabajo; cerró muchos hospitales y convirtió a los demás en “empresas”. Siempre su imperativo es ahorrar en el mantenimiento y cuidado de la clase obrera.

El contagio esperado finalmente ha llegado, trastornando a una humanidad completamente no preparada para hacerle frente y desmoronando las últimas certezas equivocadas sobre la capacidad del capitalismo para proteger la salud y la vida en el planeta.

Ante el flagelo universal, que solo puede ser atacado con un plan mundial coordinado de ciencia y de solidaridad, cada Estado actúa por su cuenta. Peor aún, la crisis acentúa la competencia entre los centros nacionales de capital y su odioso e inhumano egoísmo. Aumenta la guerra comercial por temor a que los competidores de otros países la aprovechen para privarlos de cuotas de mercado. En esta guerra entre las burguesías nacionales, los trabajadores no tienen nada que ganar y mucho que sufrir.

Hasta lo imposible, los industriales han impuesto una prórroga del cierre de fábricas, desde China, Italia, Gran Bretaña, a los Estados Unidos, lo que se ha extendido seriamente es el contagio. Incluso cuando las medidas para cerrar las actividades comerciales y recreativas no se pospusieron, los gerentes de la mayoría de las industrias encontraron formas de eludir las normas para continuar la producción, si no en las compañías donde tenían que cerrar, encontrando fáciles escapatorias en el normas ambiguas de los bloques de gobierno.

Por lo tanto, obligaron a los trabajadores a ir a la fábrica, incluso en aquellas, como en la siderúrgica, que no tienen nada que ver con la emergencia sanitaria, y acudir en masa al transporte público, dividiendo así clamorosamente la sociedad a lo largo de las fronteras de clase: **los proletarios, como en la guerra, hoy ya no son ni siquiera dueños de sus vidas, que deben sacrificar al dios de los burgueses, la ganancia.**

Mientras que las fábricas permanecen abiertas, las huelgas y asambleas están prohibidas. Los sindicatos vendidos al régimen, en nombre de la “solidaridad nacional”, respaldan el dogma burgués de que reducir la producción “no es posible”. Que hay que contentarse con un poco más de jabón y de mascarillas: pocos euros.

Y es verdad. **Los capitalistas, para continuar generando y apropiándose de las ganancias, deben hacer crecer al infinito la escala de la producción.** Por esta razón, cada empresa, sin ningún acuerdo con las otras del sector, está en guerra con ellas, lleva al máximo el ritmo y la escala del trabajo, con la vana esperanza de poder encontrar un comprador para el crecimiento loco de las mercancías de todo tipo, desequilibrado y anárquico.

En el capitalismo no se produce lo que se necesita, si no se espera un beneficio. La mayoría de las mercancías producidas, por lo tanto, no tiene utilidad social y cada vez más provocan solo una pena al trabajador que los fabrica, a aquellos que se ven obligados a usarlos y al medio ambiente que está innecesariamente desordenado e intoxicado.

Este incurable y obvio absurdo no puede, cada vez con más frecuencia, bloquear todos los aparatos de reproducción del capital y del comercio, que ahora es una única máquina mundial estrechamente conectada, gigantesca, 95% inútil o dañina.

De hecho, puntualmente, durante el año pasado, mucho antes del estallido de la epidemia, la crisis general, histórica, secular, ineludible del modo de producción capitalista ya estaba afectando todas las esferas de la vida y del sentir social.

No fue por lo tanto la peste lo que provocó la crisis. El confinamiento sanitario, que en todo el mundo actualmente está bloqueando los consumos de todos los bienes que no son realmente necesarios para la vida, amplifica la sobreproducción preexistente de mercancías y la casi detención de los ciclos infernales de acumulación del capital.

El pánico se difundió entre los burgueses que corrían a vender en la Bolsa de valores, mientras que los empresarios estaban horrorizados por la disminución de sus ganancias. Los capitalistas de todos los países desesperados apelan a sus Estados por pedidos, créditos y protección comercial, así como para defenderse de las luchas obreras. Pero los Estados no son más que asociaciones entre capitalistas y, al final, solo de la producción capitalista consiguen alimento. **No están por encima de las leyes económicas del capitalismo:** solo pueden transferir riqueza de una parte de las clases dominantes a otra. O anticipar algo que tarde o temprano debe regresar.

Camaradas, trabajadores,

El fracaso de este sistema político, económico y social es tan evidente que incluso muchas burguesías, en el campo científico, político y religioso, piden su profunda reforma: una relación diferente con la naturaleza, una forma diferente de producir y una elección diferente de qué producir: “hospitales en lugar de armas”, dicen. Todos discursos vacíos. Tan pronto como termine la emergencia, y tal vez incluso antes, todo volverá como estaba. **Este sistema es tan absurdo como irreformable.**

Las clases dominantes no cederán pacíficamente su poder ni renunciarán a sus mezzquinos privilegios, las inmensas ganancias y el armamento represivo de sus Estados.

El desarreglo actual de los ritmos de la vida debe mostrar no solo el fracaso del capitalismo, de este sistema económico y social del que la clase obrera puede prescindir, que son los burgueses los que necesitan de la clase de los trabajadores y no al revés.

A la solidaridad internacional antiobrero de los patronos, que atentan contra la vida misma de los trabajadores, debe oponerse la solidaridad internacional de la clase obrera en lucha por su emancipación y por la salvación de toda la humanidad.

La clase obrera deberá movilizarse en todos los países para defenderse de los efectos desastrosos de esta crisis, para imponer con la lucha sus reivindicaciones de siempre:

- salario completo para los trabajadores desempleados,
- reducción generalizada del horario de trabajo por los mismos salarios,
- regularización de todos los trabajadores inmigrantes,
- asistencia médica gratuita para todos los trabajadores.

La clase trabajadora, bien encuadrada en sus verdaderas organizaciones sindicales y bien dirigida por su Partido, custodio de su secular programa internacionalista, debe triunfar con su revolución para romper el grueso caparazón de prejuicios y de fuerza que aún aprisiona a la nueva sociedad comunista, que será sin clases y sin Estado, que está lista, robusta y completa para liberarse y extenderse a todos los países del mundo.

PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

international-communist-party.org